

es cosa de diferenciar, sencillamente porque el cerro comunica una fisonomía característica y abarcarlo para que en él tengan cabida esos personajes, como si fueran exudaciones de la tierra misma, excrecencias o montículos, o arbustos o animales, es ya una victoria. On Panta revela esta magnífica conquista. No es el campo de otros tiempos, sumiso y vencido en el autor. Es el campo en rebeldía, aun con sus elementos pasivos. Es la naturaleza humanizada y como tal paralela en violencia, en sarcasmo, en burlería o en encantamiento, según las actitudes, al hombre y la bestia que la pisa.

Someramente hemos escrito estas líneas de saludo. La crítica más lenta o más penetrante, dirá otros aspectos y pormenores de este libro.

La problemática del libro

Así tituló Ortega y Gasset la rebelión del libro. Antes fué la «Rebelión de las masas». Pero el sutil filósofo español ha encontrado en la ansiedad nueva del mundo, el exceso de los libros. ¿Qué hacer con este torrente, que ya nosotros, sin pretender dárnoslas de profeta o de más listos que el disociador ibero, habíamos hecho notar en una de las notas editoriales de esta revista como uno de los males de la edad inquieta que vivimos? Vale la pena de reproducir algo de esa liviana conferencia pronunciada por Ortega y Gasset en el segundo Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografías, celebrado hace poco en Madrid. Dijo el autor de la «España Invertebrada»:

«La realidad total que es nuestra vida, ha aumentado la frecuencia de sus cambios, y por tanto su movimiento absoluto, su progreso. Todo ello debido al libro. Pero imaginad que este instrumento se revuelve contra el hombre, que se haga insumiso e indócil, que provoque imprevistos efectos morbosos. Sigue siendo necesario; pero añade por eso a nuestra vida una nueva inesperada angustia. Ahora su relación con nosotros se complica y se carga con un signo negativo. Esto no es una hi-

pótesis. Todo lo que el hombre crea, cultura y civilización, acaba por revolverse contra él. Porque es creación, queda fuera del sujeto creador, goza de existencia propia, se convierte en cosa frente al hombre y se desentiende de la intención de su creador. Dios creó al ángel y se le rebeló, creó al hombre y se le rebeló. Al hombre se le sublevan sus creaciones. Vivimos hoy una hora característica de esta trágica peripecia. La economía, la técnica, facilidades cimentadas por el hombre, amenazan extrangularle. Las ciencias que rebasan la capacidad de adquisición del hombre, le oprimen como plagas de la naturaleza y peligran tornarse esclavo suyo. En vez de estudiar para vivir, va a tener que vivir para estudiar. ¿No empieza a sentir la sociedad occidental el libro como instrumento rebelde, como dificultad? En toda Europa se siente el exceso de libros. El libro no es ya una ilusión sino una carga. El hombre de ciencia se pierde en la bibliografía de su tema. Pero cuando una creación del hombre se revuelve contra él, la sociedad se revuelve contra aquella creación, duda de su eficacia, siente antipatía y le exige que cumpla su destino de facilitación. El libro está en peligro porque se ha hecho un peligro. Se lee demasiado. El hombre se ha acostumbrado a no pensar por su cuenta y a no repensar lo que lee, único modo de apropiárselo. Las cabezas medias están atestadas de ideas recibidas inercialmente, entendidas a medias, desvirtualizadas».

Valenzuela Llanos

Como siempre que se trata de artistas nacionales, Valenzuela Llanos fué menospreciado en Chile, en los días en que se creía que el pintor no lograría sobrepasar ese término medio que parece ser entre nosotros la línea consagrada. Desempeñaba una cátedra en la Escuela de Bellas Artes, y mediante maquinaciones maestras se logró que fuera sacado de ella. Esto ocurría en el preciso momento en que en París, adonde el pintor había volado, se le otorgaba un premio, y uno de sus cuadros—el mismo